

El hambre esencial

Pierre Emmanuel

Miembro de la Academia (París)

Ser poeta no es sólo ser un poeta. Soy un hombre que busca la Verdad; la poesía es uno de los caminos posibles hacia esta Verdad: la vía es la palabra. Yo camino en mi palabra y mi palabra me agujonea al caminar. No puedo considerar mi obra fuera de mí, como, por ejemplo, esa copa metida en el horno, que yo hubiera modelado y luego retirado: allí está, y yo ante ella: la miro, me parece estar sin defecto... Pero la palabra no tiene nada de esta perfección estática. La palabra es una sensación que vuelve a mí tan pronto como la he pronunciado. Me presento ante ella para atestiguarle la verdad en cualquiera actitud que yo tome: bien caminando en la dirección que ella me abre, bien desviándome de ella o renegándola. Es creador el hombre que se mueve en lo que crea, y lo que crea lo hace caminar hacia adelante. Esta marcha hacia adelante es más importante para el creador, que lo que él crea y deja tras de sí. Toda perfección formal es, por consiguiente, un límite que es necesario romper de nuevo. No hay otra perfección que ir hacia adelante: ella nos espera en el fondo de nuestro espíritu, hasta que un día, de manera feliz, seamos en ella anonadados. Lo que llamamos perfección, al margen de esta marcha, es un espejismo con nosotros mismos, tanto más absurdo cuanto más seductor.

En un universo en el que Dios está au-

sente, donde el hombre está ausente de Dios hasta no tener ya ni la idea de El, pertenezco a aquellos —más numerosos de lo que se piensa— que tienen de Dios un hambre absoluta, incluso si nada saben de El, ni de la naturaleza de su hambre. Esa hambre es mi palabra. Hablo para comunicar esa hambre y, a través de ella, comunicar a Dios, sin nombrarlo directamente. Su nombre es incommunicable para este mundo; nada le significa; ya no resuena en el corazón. Quiero ser —o mejor, quiero tratar de ser— un poeta del mundo ateo. Que mi palabra diga a este mundo —y a mí mismo, ligado a él— la Realidad Omnipresente, en los hombres, en los seres, en las cosas: en lo que yo llamo, con respeto, los lugares comunes. Me considero como un obrero destinado a la precisa tarea de restituir el lugar común en aquello que lo funda y que lo verifica. El lugar común está fundado sobre una fuente; su significado procede de la fuente. Reevocar la profundidad del lugar común es, necesariamente, “reavivar” la fuente; hacer surgir una palabra que “emana de la fuente”. ¿Será posible hoy? No lo sé. ¿Soy capaz de hacerlo? Tampoco lo sé. No tengo por qué saber si soy capaz o no. Tal vez esto será posible en una o dos generaciones, cuando el mundo moderno haya agotado su realidad aparente. Pero algún día se verá la indispensable reanimación de los lugares comunes,

de las palabras frecuentemente cargadas con un sentido que nosotros, parece, ya no captamos ni sabemos pronunciar. Es conveniente, desde ahora, amansar el léxico, con esas palabras; hacerlas nuevamente familiares, estar bien dispuestos para con ellas; esforzarse para vivirlas de una manera esencial; aprehender, desde dentro —a través de una experiencia lúcida— guiada— lo que es una existencia referida a lo esencial.

Cada vez que vuelvo —no sin gran esfuerzo para surtirme en la fuente, y casi con un nuevo aprendizaje de lo esencial— a ese libro de lugares comunes que es el Evangelio, me doy cuenta hasta qué profundidad me obliga a revalorar —en mí y fuera de mí— lo que yo creo tener por real. Esta es, de parte de la Verdad misma del Verbo, la exigencia de los grandes lugares comunes. Ninguno de ellos pasa al estado de costumbre: es lo contrario del lugar común. La costumbre es la banalidad. El lugar común es el asombro, el descubrimiento siempre nuevo de una realidad que ha existido siempre, de la cual han vivido siempre los hombres y de la cual —a mi vez— yo quisiera vivir siempre. Me creo poeta en lo que la palabra me reivindica a causa de su permanencia, de su fondo. La palabra no es nada que yo pueda fabricar a mi gusto: cada palabra quiere que yo la interroge en su fuente y sea el fiador de su veracidad, como ella lo es de la mía, en nuestra única Verdad. Exigencia espiritual cotidiana: si no llego a encarnar la palabra, no seré un creador, sino un destructor, un eterno embustero ante mí mismo y ante el mundo. Un doble testimonio me incumbe: la verdad de la poesía y —en mi vida— la verdad de mi palabra poética.

En lo ordinario de la existencia, la palabra, objetivada en lenguaje, expresa realidades comunes, pero exteriores a ellas mismas y a nosotros: el lenguaje es la ex-

terioridad misma de la palabra. En ciertos momentos de gracia —al contrario—, la palabra es un ponerse frente a frente, donde cada uno se abre y se entrega completamente, se presenta desnudo y sin armas: momentos en que, quien habla *es* palabra, en que cada uno dice lo que él es y le dice por mediación de quien escucha; por la atención que le da el otro. Porque esta palabra —tan rica, tan profunda, que va tan lejos, que es propiamente consubstancial— es ofrecida íntimamente a quien habla por quien la escucha: esa palabra no puede existir sino por la orientación recíproca de ambos. Permanece, por consiguiente, muy frágil, a la merced del miedo repentino de estar desnuda, bajo la mirada ajena. Un modo instintivo de reaccionar contra este miedo es —evidentemente— el de herir al otro o de rechazarlo. Entonces el contacto se interrumpe; la consubstancialidad cesa: cada uno se encuentra extraño. Es así como dos seres que se han amado —y, a menudo, se aman todavía— se bordean mutuamente sin encontrarse, en un lenguaje objetivo, exterior, que ha dejado de ser una palabra recíproca. No debería emplearse el vocablo “palabra” más que en un sentido pleno, mientras que se debería restringir a otros sentidos el vocablo “lenguaje”. Palabra, es palabra recíproca: búsqueda de sí y del otro, impulsada hacia lo absoluto del significado; esfuerzo por romper límites y rechazos que se oponen a la reciprocidad integral.

De un modo señero, esto es verdadero cuando se trata de la relación hablada entre un hombre y Dios. Muchos, lo repito, hablan a Este y lo oyen, sin saber nombrarlo. Rechazar a Dios significa haber cesado de hablarle y de querer oírle. Este mutismo individual es sostenido por la complicidad contagiosa de una civilización entera: por una nada colectiva, por una exterioridad que es ausencia visible de

Dios, por un lenguaje que es no-palabra. Al contrario, la palabra bien enunciada, bien comprendida, requiere estar atento para enunciarla y comprenderla; nos relaciona con una realidad insondable. El tema principal de la poesía es, sin duda, esta relación entre la palabra humana y el sinfondo que la constituye. La expresión de este tema es de una riqueza prácticamente infinita: todo contenido le conviene, por decirlo así; pero, cualquiera que sea el contenido, es en este único tema donde se reconoce la genialidad, la energía pura, creadora. Trascendiendo el arte poético en sentido estricto, se puede dar de la poesía una definición general, que hace de ella el acto de todo hombre que se presenta a otro, al mismo tiempo y por lo mismo que se crea a sí propio. Todo don es creación de sí mismo para el otro. El hombre no se entrega al azar: para darse, él se da forma, se crea. Sacando así lo mejor de sí mismo, se va, a veces, muy lejos en sí mismo. Por esto el artista no se satisface jamás de su obra: la poesía es infinitamente más que la poesía. Se puede decir otro tanto de todos los lugares comunes del alma; la bondad, por

ejemplo, es infinitamente más que la bondad. (No olvidemos que un solo gesto puede tener más plenitud que un poema, y que un hombre bueno puede estar atento al prójimo con el mismo cuidado de palabra exhaustiva, como lo es un poeta con su arte). Toda creación auténtica, todo pensamiento del corazón, supone esta trascendencia presente, más allá de toda posibilidad de sobrepassarse a sí mismo. Crear es alcanzar el ser en su movimiento, en su generosidad inagotable: todo el que, por muy poco que sea, y en cualquier plan que esté, participe de esta generosidad, es un creador. Pero nadie puede serlo sin tropezar con sus propios límites: nadie puede darse hasta el fin. Nos extenuamos en un acto mayor que nosotros, que nos vacía. Por la amargura y el hastío que él nos da —la insatisfacción es siempre un don— este vacío nos enseña siempre de nuevo que sin crear no sabríamos existir. Creamos para sentir hasta qué punto somos pobres al no crear: habiéndolo sentido, aspiramos a crear para extenuarnos todavía más. No conozco otra adoración.

